



LOS HÉROES OLVIDADOS DE TAXDIRT

Relato de un descubrimiento

PREMIO DEL EJÉRCITO DE TIERRA 2017

MODALIDAD ESCOLAR, NIVEL C

PRÓLOGO

Noble España, patria mía, no te aflijas, que aún existen grandes pechos, pechos puros, que aprisionan corazones abrasados en tu afecto maternal.

Son tus hijos del presente un atávico retoño de marcial progenitor; son la heráldica progeñie de Pelayo y de Guzmán, cuyas sombras esfumadas aletean en la brisa de los pueblos y ciudades, en las vegas y en los valles, en los prados y en las breñas, en los sotos y en las huertas, en los riscos, en los montes y en los mares...

¿Ves el alma nacional que resurge embravecida contra el rifeño ofensor? ¡Es el nervio de Daoiz y la arteria de Velarde!!!...

¿Quién ha dicho que no existe patrio amor? ¡Desdichado! ¡Si el aroma de las flores españolas, y el céfiro, y el aura, y la brisa de los mares, nos infunden diariamente ese aliento patriarcal!

Este cántico de guerra, es un cántico viril, es la chispa de entusiasmo que reluce en la mente del poeta impresionado al recuerdo del valiente, bravo astur, del bizarro Luis Noval, que escribió con sangre azul epopéyica cantata, es reflejo del sentir de un corazón, es imagen expresiva de ideales encumbrados, y, leyendo fervorosos sus estrofas, cada cual podrá juzgarle.

El descubrimiento

Un trabajo académico puede cambiar una vida. Un concurso escolar, puede desvelar los secretos más escondidos de una biografía. Permítanme que les cuente una breve historia, tan real y espléndida como lo son todas las historias que dicta el azar o la providencia.

Hace unos meses en mi colegio nos ofrecieron participar en un concurso sobre las Fuerzas Armadas Españolas. En la asignatura de Historia habíamos tratado muchas batallas, pero seguramente con poca profundidad; casi siempre nos limitábamos a memorizar listas de nombres y fechas de personajes importantes, que nada nos decían, y ciertamente el ofrecimiento nos resultó algo demasiado atractivo. Sin embargo, nuestra tutora llegó un día a la clase con vídeos antiguos y nuevos, con historias fantásticas y verídicas, y con el testimonio de un hermano suyo, que había estado destinado en Afganistán. Nos contaron cómo era la vida de aquellos que daban su vida por su país, por proteger a todos aquellos que viven a su alrededor, aunque no conozcan ni vayan a conocer a aquellos por los que luchan. Nos hincharon el pecho de orgullo al ver los logros de nuestros compatriotas, y rememorar, para algunos por primera vez, a esos guardianes de la paz. Al cabo de unos días, formamos un pequeño grupo de alumnos, ilusionados por lo que se nos

presentaba, pero, finalmente, lo que más nos hizo cumplirlo fue el oír lo orgullosa que nuestra profesora estaba por habernos decidido a investigar sobre nuestra sociedad y cultura.

Sin embargo, cuando llegó la hora de ponerse delante del folio en blanco, no supimos el tema que podíamos tratar. No queríamos que fuese solamente un trabajo de investigación, otro libro de Historia con listas de nombres y fechas vacíos para nosotros; queríamos que el trabajo nos dejara algo al terminar, que no fuese una aburrida historia que pasan por delante de ti, directa al olvido; queríamos, tal vez con un poco de ingenuidad, que el trabajo tuviera algo de todos nosotros, como esas películas o esos libros que nos marcan para siempre y que acaban formando parte de nuestra vida.

Con tales propósitos buscamos el tema, o, quién sabe, el tema nos buscó a nosotros; al menos a mí. Una tarde de diciembre arrancamos los ordenadores y nos lanzamos a Internet, tal vez con las mismas esperanzas que aquellos viejos marineros españoles que descubrieron el nuevo mundo, buscando acaso las mismas aventuras. Al fin y al cabo, somos una nación de exploradores.

Los primeros días no fueron muy fructíferos. Ni siquiera sabíamos qué buscábamos; tal vez, aunque nadie lo confesara, le pedíamos al trabajo aquello que no nos daba la vida: el deseo de descubrir algo nuevo; el ejemplo irresistible de algún soldado que se atrevió a lo imposible; la sorpresa de reconocer, entre las brumas de nuestra adolescencia, quiénes somos y quiénes llegaremos a ser.

Una tarde, tras la periódica reunión que formábamos en el instituto, llegué a mi casa pensativo, y mi madre, que me esperaba para la merienda, me preguntó la causa de mi silencio. Le expliqué el desafío en el que nos veíamos envueltos, y

también lo perdidos que estábamos. Ella me respondió que la idea le parecía muy interesante, y que no nos rindiéramos hasta encontrarle sentido a aquel hermoso reto.

Cuando se estaba yendo de mi habitación, de repente, volvió el rostro, y me comentó sin la menor importancia que mi bisabuelo había sido soldado, y que había participado en las guerras de África. Un escalofrío recorrió mi cuerpo y sentí que los vellos de todo el cuerpo se me erizaban como espinas.

—¿Mi bisabuelo fue militar? —le pregunté entre el orgullo y la sorpresa.

Me dijo que buscase en el sótano de la casa de la abuela, puesto que, alguna vez, su madre le había comentado que allí se conservaban algunas cosas de él.

Todavía por aquel entonces aún no sabía lo que estaba a punto de descubrir, aunque el corazón es más certero que la cabeza, y tal vez por eso yo ya presentía que tenía el reto ante mí, que estaba ante mi propio descubrimiento. Mis presentimientos no iban del todo descaminados...

El secreto olvidado

Tuve que esperar al fin de semana para ir a casa de la abuela, en el pueblo. Era una casa grande, vencida por el tiempo, y con esa tristeza de las casas que han visto, poco a poco, morir a casi todos sus inquilinos.

En los corrales había una vieja bodega repleta de muebles viejos y cajas polvorientas con mil recuerdos olvidados. Mientras abría el portón de madera, me recordé de pequeño, cuando mis padres me llevaban en verano, cuando pasaba las tardes curioseando entre los viejos libros y las cajas de fotos antiguas.

Bajé las escaleras y me encontré, mucho más viejas que en mi recuerdo, un caos de objetos de todo tipo cubiertos de polvo. Estuve mucho más tiempo del que pude imaginar allí abajo; había verdaderas maravillas: cuadros empolvados de paisajes exóticos, jarrones de fina porcelana blanca traídos de las tierras del sol poniente, y barriles llenos con lo que mi abuelo llamaba la sangre purpúrea de la tierra: vino.

No sé cuántas horas pasé allí, pero cuando ya me disponía a regresar, un tanto decepcionado, me fijé en una lona apolillada cubriendo algo en un rincón, y supe que estaba debajo. No sabía qué, pero allí estaba, aguardándome al otro lado del tiempo.

Saqué el cofre de un mar de polvo, que hizo llorar mis ojos. Lo subí después por las escaleras, y lo arrastré hasta el salón, donde mi madre leía. Ella levantó la vista al verme entrar y, sorprendida, se acercó.

—Pensaba que se había perdido—me dijo—. Sinceramente, te mandé sin muchas esperanzas. Tu abuela me habló de este cofre un día en el que, no me acuerdo por qué, había un desfile de las Fuerzas en la ciudad. Mi abuelo no solo participó, sino que entregó su vida en las guerras de África. Él tuvo un buen amigo entre las tropas, que tuvo la suerte de volver, y consigo se trajo lo poco que quedaba de tu abuelo en este viejo cofre. Por cómo me lo contó, mi madre pensaba que no sabía dónde estaba, porque me dijo que mi abuela lo había escondido al recibirlo, para no tener que recordar la triste pérdida de su esposo. Realmente nunca pensé que pudiera ser real.

Intenté después deshacer el nudo que cerraba el cofre, pero finalmente tuve que conseguir un cuchillo y cortarlo con paciencia. No estaba lleno de oro o joyas, pero, en verdad, sí que contenía un tesoro. Mi bisabuelo, al parecer, había guardado todo lo que tenía de su viaje de África entre esas cuatro maderas claveteadas y cerradas con cuerda.

Al abrirlo había, colgada de la tapa, una herradura cubierta de óxido de, probablemente, el que fue su caballo. La saqué, y debajo había una foto en blanco y negro de una mujer y una niña. Mi madre la cogió, sonriendo: eran mi bisabuela y su hija, mi abuela.

Al lado había una pequeña caja de madera, que al abrir vi que contenía la guía de mi antepasado, una brújula dorada. A su lado estaba una antiquísima edición del Tartufo de Moliere, de páginas pajizas y con anotaciones a lápiz de los pensamientos

de mi bisabuelo. También había un periódico de la época, bastante arrugado, y envuelto en un pañuelo había una navaja de cuero, que, para nuestra sorpresa, permanecía sin oxidar, y un viejo reloj de bolsillo que se había detenido mucho tiempo atrás. También una petaca de latón abollada y, al fondo, arrugada, una camisa que, aunque debió haber sido blanca, estaba amarilla del tiempo. Nos quedamos en silencio, y mi madre recogió lentamente la última prenda del baúl, una blusa blanca roída por el tiempo. Sin embargo, cuando la levantó, quedó debajo un pequeño cuaderno de cuero, muy gastado. Me incliné a recogerlo, y al pasar las páginas, vi la letra manuscrita de mi bisabuelo.

28 de julio de 1909

Jamás pensé que yo podría escribir. Ni soy una persona importante, ni voy a pasar a la Historia, ni ningún libro contará mis hazañas en el futuro. De hecho, ni siquiera sé muy bien qué hago aquí, en este barco, alejado de mi tierra y mi trabajo, ¿si mi padre levantara cabeza!...

No me referiré más a este diario, pues quiero que sientan lo mismo que yo sentí al abrir sus páginas y sumergirme en su lectura. Mis padres compartieron conmigo la emoción de revivir su historia, todos mis compañeros lo leyeron y, a todos aquellos héroes de esa batalla los hicieron volver a vivir, a contar su historia, mas yo fui el primero en desvelar sus secretos. Ahora todos ellos forman parte de nuestro trabajo, pero sé que esto no son más que coincidencias que la vida nos pone por delante para descubrir quiénes somos y qué espera el mundo de nosotros.

Les invito ahora, antes de continuar con este relato, a leer ese diario que esconde los recuerdos de mi bisabuelo, y que pude rescatar de una bodega olvidada en el fondo de la memoria.

La búsqueda

Cuando yo cerré por primera vez las páginas de ese diario, a las tres de la mañana de un lunes, hace un par de meses, estaba estremecido. No era solamente haber leído dónde había vivido mi bisabuelo, a quiénes había conocido, las cosas que le preocupan; lo había conocido a él, sus esperanzas, sus añoranzas e ilusiones.

Con su lectura he podido realmente sentir que yo podría haber sido cualquiera de aquellos héroes.

El martes siguiente llevé el diario al instituto. Mi tutora se quedó sorprendida al verlo.

—Es una maravilla. Pero realmente ¿quieres que nuestro trabajo sea sobre él? Es tu bisabuelo, él es parte de tu vida.

—No será sobre él, profesora —le respondí—. Junto a él lucharon y dieron su vida muchos soldados para que nosotros podamos seguir aquí. El trabajo no será de él, será de la vida que él tuvo, y de todo lo que él representa.

Esa misma tarde lo empezamos a leer por turnos, y hasta hicimos horas ‘extra’ para no detener la lectura. Al cabo de dos días, pasamos la última hoja, y nos quedamos

unos minutos en silencio, asimilando. De alguna extraña manera, no hubo apenas discusión. Todos teníamos claro el objeto del trabajo, y de repente era como si a mi antepasado le hubiesen aparecido muchos bisnietos y todos formásemos parte de una misma familia: España.

La primera y más difícil pregunta siempre es: ¿por dónde comenzar?

Releyendo, entre las páginas, encontramos un nombre que nos llamó la atención por su sonoridad, pero ninguno lo conocíamos. Ese era el Teniente Cavalcanti, al que mi bisabuelo nombraba varias veces.

Entramos en Internet, el fiel consejero, pero para nuestra sorpresa apenas había información. Tenemos asumido que todo está en la Red, pero es increíble la cantidad de hechos que forman parte de nuestra memoria, que no están en Internet, esperando a que alguien los rescate del olvido, aunque sea un grupo de estudiantes.

Pudimos encontrar que su nombre completo era José Cavalcanti de Albuquerque y Padierna, un nombre ciertamente novelesco. Fue natural de Cuba, y nació el uno de diciembre de 1871, pero no mucho más.

Fuimos entonces a la Capitanía General por recomendación de nuestra profesora, que cuenta con una espléndida biblioteca. La encargada nos escuchó con mucha atención y nos buscó varios libros relacionados con el tema.

Mientras esperábamos, pasó un señor mayor que, al vernos tan jóvenes y perdidos, se interesó por nosotros. Le explicamos nuestra búsqueda de la biografía de Cavalcanti, y él se sorprendió muchísimo.

—¿José? ¿José Cavalcanti? ¿El de la batalla de Taxdirt? Y un grupo de estudiantes se interesa por él... ¡Debo de estar soñando!

El militar se frotó los ojos, como si aquel interés nuestro fuese una agradable sorpresa. Nosotros se lo confirmamos, y él prosiguió, emocionado:

—¡El coronel fue destinado a esta Capitanía en 1930! Venid, venid, yo sé algunas cosas sobre él... No os preocupéis por la señora de los libros, que ahora la aviso y le digo que os los guarde.

Lo seguimos hasta un pequeño despacho, donde nos hizo sentarnos en frente de una mesa, mientras él iba sacando libros de las estanterías y abriéndolos en páginas marcadas. Se notaba a simple vista que era un entusiasta del tema.

—Cavalcanti nació en Cuba, pero se mudó a España muy joven —nos explicaba—; quiso ser militar desde pequeño, porque le causaba una gran admiración los valores que representamos.

Nos miró entonces, deteniéndose, para que lo atendiéramos.

—Honor, valor, liderazgo, sencillez, orgullo. En España, a veces, parece que no le agradecemos a nuestro propio país todo aquello que nos da, y todo lo que la gente da por ella... El general Cavalcanti, en cambio, desde su infancia quería unir su vida a la de aquellos que la dan por sus compañeros, quería proteger su nación. Su padre, sin embargo, se oponía totalmente a ello, y muchas veces fue castigado por proponerlo. Aun así, gracias a su tesón, consiguió ingresar en la Academia Militar de Toledo a los diecisiete años, donde se formó como soldado.

En ese momento, el militar se quedó pensativo, como si alguno dato no le encajase. Entonces consultó un libro que tenía sobre la mesa, y siguió su explicación:

—Volvió a las Américas al cumplir los veinticuatro. Ingresó en el Escuadrón expedicionario de Húsares de Lusitania, donde fue nombrado comandante y

consiguió varias cruces. Tiempo más tarde volvió a Europa, y estuvo cuatro años como agregado en la Embajada de España en Roma.

Al vernos despistados, el militar nos explicó que el agregado de defensa se dedica a recoger información militar y establecer contacto con otras naciones. Cerró uno de los libros, mientras nos lo ofrecía:

—Tomad apuntes de todo lo que os he contado, y llevaos estos libros, siempre que los devolváis. Disculpadme, además, si voy algo rápido, es que tengo que atender después otros asuntos.

El hombre se atusó el bigote y continuó con su explicación:

—En 1899 lo ascendieron a Teniente Coronel, destinándolo a Melilla junto al general Tovar, que mandaba por aquel entonces la División de Cazadores. Cavalcanti tomó el mando de los Escuadrones de Caballería de la División de Alfonso XII...

Sentí un chispazo en el estómago, cuando caí en que era el mismo lugar donde mi bisabuelo fue soldado, según el diario.

—Allí se cubrió de gloria gracias al feroz combate de Taxdirt, obteniendo la Cruz Laureada de San Fernando ¡por unanimidad del Consejo Supremo de Guerra y Marina! En esta batalla, chicos, se hizo conocer como el milagro enviado para salvar a los españoles, a pesar de que se incorporó tarde. Tuvo que ser un hombre excepcional...

—Don José Velarde —dijo leyendo unos papeles—, que fue segundo en la División, mas apenas conoció a Cavalcanti, puesto que perdió su vida durante una batalla, al arriesgarla por sus hermanos, un mes antes de la Carga de Taxdirt. Fue horrible, porque era realmente joven. Tomad buena nota de esto: aunque a veces lleguéis

tarde en la vida, en algunas ocasiones es posible que seáis la salvación. Pero mejor llegar a tiempo, no vaya a ocurrir como con el cuerpo de los Mangas Verdes...

El militar debió de notar nuestras caras sorprendidas, y rápidamente pasó a explicarnos el origen de la expresión popular:

—¡A buenas horas, mangas verdes! Es un dicho, que viene de los componentes de la Santa Hermandad, vestidos con una chaqueta que dejaba entrever unas mangas verdes, de ahí el nombre. Era algo parecido a un cuerpo policial, pero no solían llegar a tiempo a los lugares, y apareció el dicho...

Nosotros nos habíamos quedado algo estupefactos, pero el militar no se rindió y continuó hablando sobre Don José.

—Cavalcanti, en la batalla que os he comentado antes, en Taxdirt... —en ese momento se acercó a nosotros, y corrigió el nombre de la batalla sobre nuestros apuntes, pues al parecer lo habíamos escrito mal todos—. En Taxdirt, decía, cargó, con tan solo sesenta y cinco jinetes, contra mil quinientos rifeños, poniéndolos en fuga y dando el tiempo suficiente al batallón Tarifa, al cual tenían la orden de auxiliar, a reorganizarse y poder seguir en su lucha. Se perdieron veinticinco valientes soldados, descansen en paz. Dieron su vida por la patria, y gracias a gente como vosotros, no los olvidaremos...

“Uno de ellos”, —susurré a mis compañeros tal vez para sentir que era cierto—, es el abuelo de mi madre. Después abrió otro libro y, con más energía aún, prosiguió la explicación:

—Don José Cavalcanti ascendió a Coronel con tan solo treinta y ocho años, y poco tiempo más tarde contrajo matrimonio con María de las Nieves Quiroga, hija de la

famosa escritora española Emilia Pardo Bazán, introductora del Naturalismo en España, ¿la conocéis? —todos asentimos con la cabeza, pues la habíamos estudiado en clase de literatura, aunque no sabíamos gran cosa de ella.

—Bueno —añadió una compañera mía, la más inteligente de la clase—. Sí, la hemos estado estudiando estas últimas semanas. Escribió *Los Pazos de Ulloa*, ¿no? Y *La Dama Joven*, de dos hermanas, que la primera, despechada, se refugia en el confesionario, mientras que la otra lucha por subir de escala social.

—¡Sí, ésa! Qué bien que la conozcáis, no suele ocurrir. Pues Cavalcanti se casó con su hija, y fueron nombrados Marqueses de Cavalcanti, un título que fue creado para ellos. Un año más tarde, el recién esposado tomó el mando del regimiento de Húsares de Pavía, y fue nombrado Comandante General de Melilla en 1921. Casi en el mismo lugar donde obtuvo su primera laureada, fue propuesto para la segunda, al levantar el asedio a la posición de Tizza. Algo más tarde, en el levantamiento del general Primo de Rivera, formó parte del primer Directorio Militar. Por culpa de esto, lo... alejaron, durante un tiempo, de sus responsabilidades, fuere emplazado por el General Sanjurjo.

El militar nos sonreía, entusiasmado con sus propias palabras, y se ajustó la chaqueta en lo que parecía el final de su relato:

—Ahora llegamos a mi parte favorita, porque en 1930 lo destinaron aquí, a la Capitanía General de Andalucía, que es la segunda región militar. España fue dividida en regiones en el año 1705, al ajustar los antiguos reinos que constituían la Monarquía Hispánica, aunque posteriormente se hicieron muchos cambios. Este cargo de tanta importancia le hizo ganar el respeto y admiración de todos los que le rodeaban, de ese momento y a través de los tiempos. Por desgracia, el general

Cavalcanti se vio envuelto en la represión del Gobierno de Azaña, cuando propuso, sin éxito, a Alfonso XIII, el uso de las Fuerzas contra la declaración de la Segunda República, y se unió más tarde, en 1932, a la conspiración de la Sanjurjada. Lo juzgaron y condenaron en noviembre de ese mismo año, y falleció en San Sebastián el 3 de abril de 1937 durante la Guerra Civil.

El militar, que había estado ojeando otro libro mientras explicaba esta última parte, levantó la cabeza y nos mantuvo la mirada, como si nos retara cariñosamente a rebatir sus palabras.

—Don José Cavalcanti fue un héroe de nuestra patria, y ojalá más jóvenes como vosotros tuvieran tanto interés.

Nos prestó una gran cantidad de libros, y disculpándose y deseándonos suerte, nos dejó trabajando en la biblioteca y se fue.

Estuve entonces pensando en el general, pues me había sorprendido. Tan joven llegó a la altura de hombres mucho más curtidos que él, y eso es digno de elogio. También me emocionaba que mi bisabuelo hubiera luchado a su lado. Por muy negro que tuvo el horizonte, por más adversidades que tuvo que afrontar, el Coronel nunca perdió la esperanza ni la fe en sus compañeros de armas. En el fondo, tenía la secreta esperanza de poder llegar a ser algún día como él, y vencer mis dificultades, triunfar en mi propia historia, ganar en todas mis batallas de Taxdirt.

Mientras tanto, mis compañeros de trabajo habían organizado todos los apuntes que tomamos. Había muchísima información, pero no era, ni de lejos, suficiente como para hacer un trabajo completo. A fin de cuentas, era nuestro primer día y no podíamos esperar que lo tuviéramos todo hecho. Habría sido una decepción. La

emoción nos corría por dentro del cuerpo y estábamos deseosos de ver a dónde nos conducía toda aquella aventura que acabábamos de empezar.

El rastro de los marqueses

Comenzamos a leer los libros, o por lo menos a darles una lectura rápida para ver de qué trataban. Entonces un folio se cayó de uno de ellos. Era una fotocopia de algún libro. Entonces no sabíamos de qué trataba, pero lo averiguamos no mucho más tarde. Se trataba del libro *Poema de Guerra*, del escritor León Castillo, uno de los seudónimos de Florentino Pérez Sánchez, aunque lo que encontramos era el prólogo de ese libro, de Luis Huerta.

Adjunto una fotocopia de la que conseguimos (el original sigue entre las páginas de ese libro en la Biblioteca de Capitanía).

La primera vez que la leímos no la entendimos demasiado. Después, nos dimos cuenta de que podía ser un hallazgo impresionante. Había cinco nombres en ese folio: Pelayo, Guzmán, Daoiz, Velarde y Luis Noval.

Inmediatamente, comenzamos a investigar sobre estos desconocidos, pero hubo algunos que tuvimos que dejar de lado rápidamente.

Don Pelayo, gracias a nuestra amada asignatura de Historia, supimos que fue el rey asturiano que opuso resistencia ante la invasión musulmana, en el siglo VIII. Guzmán el Bueno fue un excelente estratega, militar y noble leonés, fundador de la casa de Medina Sidonia, pero también vivió muchos siglos antes a la batalla en la

que nos referíamos en el trabajo. Daoiz, que yo ya conocía gracias a una escultura que preside la plaza de la Gavidia, en Sevilla, fue un patriota que participó vehementemente en el levantamiento del pueblo madrileño contra los franceses, el dos de mayo de 1808, y que fue el comienzo de la Guerra de la Independencia española.

Velarde nos sonaba, sin embargo, puesto que el militar que nos había dado la información sobre Cavalcanti lo había nombrado como su segundo. Por ello, empezamos a buscar por Internet, pero no conseguimos sacar gran cosa de la red pues, por esas ironías de la vida, nos aparecían anuncios de apartamentos. El militar que aparecía en los buscadores era Pedro Velarde, famoso por ayudar a Daoiz en la revuelta del dos de mayo. Nos encontrábamos en punto muerto, hasta que mi amiga se dio cuenta, releyendo los apuntes, que el bibliotecario nos había nombrado a Velarde como al segundo de Cavalcanti, que había perecido durante alguna batalla. Entonces, en ese momento, recuperamos un pequeño papel que habíamos encontrado dentro del diario, y que habíamos desechado por parecernos inútil, que rezaba:

«El Oficial Muerto

Al regresar hablé con el teniente coronel del Alfonso XII. Dijome que el oficial muerto prestaba por primera vez servicio, pues no había tomado parte en operación alguna. Una de las primeras balas que dispararon los rifeños contra sus soldados le hirió mortalmente. Seguía las referencias de los soldados, el oficial, al comenzar el ataque, inspeccionó los frentes del blockhaust, mostrándose satisfecho. Aconsejó a su gente que apuntase bien y ahorrarse municiones.

Después, viendo que el fuego aumentaba, salió del reducto. A los pocos momentos, caía atravesado.

El sargento trató de ocultar su muerte; pero la tropa advirtió lo que ocurría, y en vez de amilanarse se enardeció. Todos los soldados, desde entonces querían tomar parte en las salidas.»

Ese fragmento procede de la tercera página del periódico “La Correspondencia de España”, número 18.803, de fecha 5 de agosto de 1909, bajo el título “El oficial muerto”, dentro del apartado “Informaciones de Melilla”, redactado por el periodista Rodríguez de Celis; número que mi bisabuelo guardó entre sus pertenencias, y aún se conserva en el baúl, que ustedes tienen ahora en su poder.

Continuando: la mayoría coincidimos en que la fecha y la descripción podría adecuarse mucho a la del oficial que buscábamos. Con esa esperanza, buscamos en la red nombres o números que nos pudieran llevar hasta algún descendiente del periodista. Encontramos que el periódico “La Correspondencia de España” fue fundado por Manuel María de Santa Ana, Marqués de Santa Ana. También encontramos el nombre de la actual titular: María Florentina Manzanera Serrán. Por desgracia, tiene ocho años, con lo que, en su lugar, contactamos con sus padres, Florentina Serrán Puig-Mauri, la que fue titular, y su esposo, José Luis Manzanera Rodríguez. Conseguimos un correo electrónico, y le explicamos el objeto de nuestro trabajo y el atasco en el que nos encontrábamos, y nuestro deseo de encontrar más información, por si ellos conservaban documentos de la época de su antepasado. Nos respondieron dos días más tarde, bastante ilusionados, adjuntándonos muchísimos archivos escaneados, manuscritos en su mayoría, con tachones y anotaciones; pero, en verdad, nada nos pudo haber ido mejor. En uno de esos

papeles, los cuales leímos hasta el más minúsculo apunte, contaban la historia de tres personas diferentes, que a lo mejor fueron a publicar, o quizás publicaron, en aquel periódico. El primero de todos era nuestro joven caballero, y los escritos, borradores de artículos, decían:

4 de agosto de 1909. Información no publicable:

El teniente coronel del Alfonso XII, que me ha dado información para sacar un artículo en el periódico de mañana, también me nombra datos que, aunque no puedo publicar, se quedarán para la posteridad. El teniente del cual hablo en el artículo de mañana, llamado “El Oficial muerto”, y del que me han rogado que no escriba nombres, se trata de Don José Velarde y Velarde, un joven y, cito textualmente: “Valiente, honrado y leal caballero, se quedó en la flor de la vida y así siempre lo recordaremos”. Estudió en la Academia Militar, saliendo en la promoción del 13 de julio de este mismo año con el cargo de Segundo Teniente. Cuando salió, cito textualmente: “Tuvo la desgracia de, al salir de la Academia, ser destinado a alcanzar la gloria. Quién hubiera imaginado que alguien tan joven, con tanto fuego en el alma, y tanto futuro en su horizonte, pudiera...” [no hemos podido descifrar lo que escribió el periodista para finalizar esa oración]. El Teniente Velarde pasó su primera revista un día antes de morir en combate -ayer-. Cito textualmente: “Su segundo, el Sargento Cañadas, haciendo de tripas de corazón, intentó ocultar al resto de la guarnición el disparo certero que había acabado con su superior, pero estos se dieron cuenta, y en vez de amedrentarse, avivaron su deseo de vengar a sus compañeros, los que habían comido, dormido, y dejado su vida junto a ellos”.

Algo después, encontrábamos también una serie de textos encabezados como “*Hombres convertidos en leyendas. La Guerra de Marruecos*”, dándonos cuenta de que Don José Velarde estaba entre éstos. Escogimos a aquellos que más nos gustaron, por su relevancia, o por su valor y sacrificio a sus compañeros. Nos llamó mucho la atención uno de ellos, del cual solamente se contaba una pequeña historia, el cabo Pedro Calvo, que así rezaba:

29 de septiembre de 1909: Publicable. Cabo Pedro Calvo.

Cuando el Batallón Estrella se replegaba hacia el Hipódromo, el joven cabo Pedro Calvo reparó en unas columnas de humo que emergían de entre unas rocas. Separándose de la tropa se acercó a vigilar, y encontró que la causa era un cadáver que habían quemado los rifeños. Supuso entonces que habría heridos cerca y, efectivamente, encontró cerca a un grupo rematando a un soldado. El cabo, con valor y gran riesgo de su vida, se arrojó sobre los moros y, quitándole a uno su gumía, arremetió contra el grupo, consiguiendo ahuyentarlos. Llamó entonces a sus compañeros, que lo encontraron cargando con el herido en brazos, cubierto de sangre propia y ajena, y estos se apresuraron a ayudarlo a transportar al herido al hospital del Hipódromo. Consigo se llevó como trofeo de tan valiente hazaña la gumía del moro asesino.

Tuvimos que informarnos, pues estábamos algo perdidos con respecto al vocabulario militar. Tras una rápida búsqueda supimos que una gumía era un arma blanca curva, capaz de esconderse en la manga, muy usada por el ejército moro.

Otro personaje que nos produjo curiosidad fue otro cabo, Luis Noval, aunque de éste sí había más información, puesto que parecía que el articulista, además de haberle hecho una entrevista al oficial, lo conocía, debido a la familiaridad con que lo trataba. Dejamos aquí, como antes, la reproducción del manuscrito que encontramos:

22 de octubre de 1909: Publicable. Cabo Luis Noval.

Caía fulminado el cabo Luis Noval el 28 de septiembre del año corriente, salvando con él decenas de compañeros, y siendo leal hasta el último aliento que le arrebataron.

Luis Noval nació en noviembre de 1887, mayor de tres hermanos. Era un joven imberbe, tímido y apocado, donde destacaba en la guerra tanto como una gota de tinta en la nieve.

Su deseo desde niño fue el de haber seguido la vía de las bellas artes. Siendo original de Oviedo, se mudó a la capital tras los estudios primarios, pagándose las clases de Dibujo en la Escuela de Bellas Artes con labores de ebanistería. Sin embargo, la necesidad lo llevó, en mayo de 1808, a ingresar en las filas del Regimiento del Príncipe. El tres de febrero de 1909, Luis desembarcó como combatiente en la tercera compañía del primer batallón, dos semanas antes de su temprana y desgraciada muerte.

Pude conseguir una carta del coronel del regimiento al que pertenecía el cabo, dirigida al rector Fermín Canella del 10 de octubre de 1909, describiendo de la manera siguiente el emplazamiento bélico:

«La Brigada Brualla había ocupado el día 23 el Zoco-el-Had, extensa meseta desprovista de vegetación que domina los valles de dicha kabila y Frajana. Al norte

de esta posición emplazó su campamento el primer batallón, destacando la tercera compañía a un pequeño reducto de tierra, rodeado de una débil alambrada y situado al noreste».

Entre este texto y el siguiente, se encontraba un pedazo de otro periódico, 'España Nueva', que nos trasladaba, bajo el encabezamiento de 'La odisea de un cabo' hasta el lugar de los hechos.

«Los moros, valiéndose de mil argucias, lograron apoderarse del cabo y después de desarmarle, se lo llevaron prisionero a uno de los aduares, donde se reunieron los jefes de la jarca para discutir la clase de muerte que habrían de aplicar al desventurado Noval; pero se conoce que uno de los jefes, pensándolo mejor, propuso a sus compañeros utilizar al cabo para intentar sorprender al campamento. Conducirían al cabo frente a las avanzadas del campamento, y allí, con amenazas de infligirle los más terribles tormentos, le obligarían a gritar a los españoles que no disparasen y les dejaran acercar. Lo propusieron al cabo; en el pecho de Noval se entabló una lucha horrible; de una parte, el instinto de conservación; de otra, la voz del patriotismo, que le imponía su martirio; pudo más la primera y Noval se mostró dispuesto a acompañar a los rifeños, quienes, tan pronto como la noche tendió su velo, se acercaron al campamento del Had precedidos por Noval. El centinela les dio la voz de alto; los moros que conducían a Noval le dijeron: '¡Grita lo que hemos convenido!'. El desventurado cabo estaba entre la vida y la muerte; volvió la vista atrás y vio que los rifeños, en número considerable, subían a gatas por las laderas, próximos a caer sobre los españoles mediante su traición; tuvo un momento de verdadera angustia; sintió que su pecho se ensanchaba más y más al impulso de un sentimiento para él desconocido; se adelantó dos pasos y con voz ardiente exclamó, dirigiéndose hacia los españoles: '¡Soy Noval; tirad fuerte y bien pues vienen conmigo muchos moros!'.»

El desventurado cabo estaba entre la vida y la muerte; volvió la vista atrás y vio que los rifeños, en número considerable, subían a gatas por las laderas, próximos a caer sobre los españoles mediante su traición; tuvo un momento de verdadera angustia; sintió que su pecho se ensanchaba más y más al impulso de un sentimiento para él desconocido; se adelantó dos pasos y con voz ardiente exclamó, dirigiéndose hacia los españoles: '¡Soy Noval; tirad fuerte y bien pues vienen conmigo muchos moros!'.»

Esto hizo que los moros, habiéndose descubierto su treta, abrieran fuego hacia el joven. Este hecho le hizo famoso, por el sacrificio que hizo para salvar la vida de los que le vieron morir.

Después, cito al coronel del regimiento: «Hecha la descubierta al amanecer, se encontró el cuerpo del heroico Noval abrazado a su fusil con la bayoneta calada teñida en sangre y, próximo al mismo, un moro muerto, que, entre otras heridas de arma de fuego, tenía atravesado el pecho de un bayonetazo».

Fue un héroe de nuestra patria, al cual le deben la vida muchos españoles que, hoy, abrazan a sus esposas e hijos.

Recuerdo perfectamente que cuando escribimos el último punto, estuvimos en silencio durante un minuto, intentando comprender cómo lo habíamos hecho, y cuánto nos faltaba por hacer, nos quedamos en blanco.

Lo hecho nos parecía tanto, y sin embargo tan poco...

Nos sentíamos en el principio otra vez, no teníamos ni idea de cómo sacar más ideas ni más información. Entonces, sin cambiar ni una palabra entre nosotros, nos dimos cuenta de eso mismo: no existía más información.

El desaliento

El batallón de mi bisabuelo desaparece tras la Guerra de Marruecos, dejando tras de sí muchas vidas desaparejadas. Nos confundíamos, dando vueltas sin parar: en ningún momento nos quedaba claro qué ocurría con el regimiento, puesto que parecía que de repente se convertía en los Cazadores de Caballería número 8, pero además de éste eran otros, y después era algo más...

Estábamos perdidos, bastante desanimados, y algunos acabábamos con dolores de cabeza, puesto que el día de la entrega del trabajo se acercaba y nadie parecía darse cuenta menos dos o tres en el grupo.

Sin embargo, un día que fuimos a la desesperada a la biblioteca militar de nuestra ciudad con la esperanza de encontrar solución. Ésta nos cayó del cielo. Sentado en una de las mesas de madera, revisando un libro con guantes blancos, estaba una chica, concentrada.

Cuando entramos, nos miró con un suspiro, dejó el libro y se marchó. Nosotros, en cambio, comenzamos a mirar una lista de libros que los encargados de la biblioteca nos habían recomendado. Sin embargo, algunos faltaban, y entre ellos había uno que tenía por nombre *“Las Guerras de África”*.

En un acto bastante imprudente por mi parte, cuando ya nos faltaba poco por terminar, ojeé el libro que la chica, poco antes, había estado consultando.

Como supuse antes de mirarlo, era el que estaba situado durante las contiendas en el continente africano y, marcando la página en la que ella iba, lo comencé a leer. No llevaba mucho más de veinte páginas cuando volvió, preguntándome, un tanto desconcertada, si me gustaba el libro. Apurado, me levanté, volviendo a la página en la que ella estaba, y le expliqué que teníamos que entregar un trabajo en el que estábamos atascados, porque perdíamos el hilo de un regimiento que participó en esas batallas.

Me disculpé alrededor de cien veces, pero a ella le hacía más gracia que otra cosa. Finalmente, cuando mis compañeros se acercaron, nos preguntó el tema del proyecto. Le contamos lo que sabíamos, las vidas que habíamos encontrado, y la desaparición que nos confundía. Ella se sentó en la silla que yo había ocupado hasta poco antes, se pasó una mano por el pelo, y nos dijo:

—Espero que tengáis papel y bolígrafo, porque ese es el tema del que estoy haciendo mi tesis.

Fuimos corriendo hasta nuestras cosas, y volvimos con cuadernos, y listos para escuchar. Comenzamos nosotros, explicándole nuestro regimiento, y su posterior desaparición, mientras ella afirmaba.

—La historia que vosotros buscáis, no es sencilla —nos dijo—. ¿Sabéis cómo comenzaron las Guerras de África? Desde 1840, las ciudades españolas de Ceuta y Melilla sufrían incursiones de grupos armados, conocidos como los rifeños. Además, había un constante acoso a las tropas armadas que, a pesar de tener respuesta inmediata, al internarse en territorio marroquí sufrían emboscadas.

En 1859, el gobierno de la Unión Liberal, presidido por el general Leopoldo O'Donnell, bajo el reinado de Isabel II, firmó un acuerdo diplomático con el sultán de Marruecos que afectaba a las plazas de soberanía española

de Melilla, Alhucemas y Vélez de la Gomera, pero no a Ceuta. Entonces el gobierno español decidió realizar obras de fortificación en torno a esta última ciudad, lo que fue considerado por Marruecos como una provocación.

En agosto de ese mismo año, cuando un grupo de rifeños atacó a un destacamento español que custodiaba las reparaciones en diversos fortines de Ceuta, O'Donnell le exigió al sultán de Marruecos un castigo ejemplar para los agresores. Sin embargo, esto no sucedió, lo que hizo que, con el pretexto del «*ultraje inferido hacia el pabellón español*» el gobierno español decidiera invadir el sultanato de Marruecos. Así llegamos hasta la creación de vuestro regimiento, en 1875.

En este momento, ella sacó un pequeño portátil, en el que comenzó a leer algunos apuntes. Todo lo dicho anteriormente, lo había dicho de memoria.

—El 19 de abril de este año, por Real Orden, se crea el Regimiento de Caballería Cazadores de Alfonso XII n.º 21, a partir de los quintos escuadrones de los regimientos "Rey", "Reina", "Príncipe" y "Borbón". En 1909 es destinado a Melilla, donde protagoniza la Carga de Taxdirt de la cual me habéis hablado antes, por parte del Teniente Coronel Cavalcanti, que conseguiría la Laureada individual, y el Cuarto Escuadrón se haría acreedor de la Corbata de San Fernando.

Por otro lado, tomad nota, en 1844 aparece el Regimiento de Sagunto, formado a partir del Regimiento de Caballería "Lusitania".

De vuelta a vuestro regimiento, el regimiento Alfonso XII, en 1917, establecido en Sevilla, donde participa en misiones de orden y seguridad, hasta que, en 1931, en unión al Regimiento de Sagunto que antes os comenté, y otro, que también había tomado parte en las guerras que tanto os interesan, llamado Regimiento de Alcántara, forman en comunidad el Regimiento de Cazadores de Caballería número 8. ¿Lo habéis entendido?

La chica nos miró con cara de expectación, esperando una respuesta que no se produjo, y suspiró.

—El nombre de vuestro Regimiento como tal no existe, porque se ha fusionado con los otros dos, y han pasado a llamarse de otra manera. Eso es esencial que lo comprendáis. En 1935, esta unidad nueva adopta el nombre de Regimiento de Caballería de los Cazadores de Taxdirt número 7 pero, atención, sigue siendo la misma, la única diferencia es el nombre. En 1944, este regimiento integra en sí al Regimiento de Caballería de Cazadores de Lusitania número 8 y, además, este mismo año, el historial de Alfonso XII es entregado al Regimiento de Caballería Cazadores de Sagunto número 7 para su custodia.

Al vernos perdidos, se detuvo.

—¿Qué no entendéis? No es tan difícil...Vuestro regimiento está en el llamado Caballería de los Cazadores de Taxdirt número 7, pero el legado de Alfonso XII pasa al de Cazadores de Sagunto número 7.

Habíamos escrito varias páginas de apuntes, pero nos costaba seguirle el hilo a semejante velocidad; no obstante, a pesar de las dudas, creo que empezábamos a entender la evolución del Regimiento.

—Más tarde—prosiguió—, el regimiento que es legado del vuestro se integró en la Fuerza de Acción Rápida, que después fue disuelto en 2006 cuando lo integraron en la Brigada de Caballería “Castillejos”. A vosotros os toca ahora investigar, yo tengo que seguir con mi trabajo, chicos, mucha suerte.

Con los cuadernos repletos de notas, nos fuimos de su mesa con la impresión de haber descubierto el motivo por el que apenas existía información sobre aquel tema. Ahora tocaba cerrar la faena.

Lo primero que intentamos fue investigar los Regimientos a partir de los cuales se formó el Regimiento de Cazadores de Caballería número 8, la primera herencia de mi bisabuelo. El Regimiento de Caballería “Lusitania”, cuyo lema era *Lusitania es más fuerte con su estandarte que con todas sus armaduras*.

Este regimiento aparecía en 1709, cuando el rey Felipe V concedió patente al conde de Pezuela de las Torres para levantar un regimiento de dragones. Habiendo participado en innumerables batallas, siendo curtidos por la sangre y el fuego, estos soldados fueron puntos clave en cientos de victorias españolas.

Las piezas empezaban a encajar. Estos cambiaron muchísimas veces de nombre, pero su lema, y su alma no cambió. En 1842, se disolvió una parte de este regimiento llamada División de Caballería de la Guardia Real, organizándose en el Regimiento de Sagunto, décimo quinto de Caballería. Después, en 1844, parte recuperó la denominación y el historial de los Dragones de “Lusitania” y, en 1931, aquello que quedaba como Regimiento de Sagunto se unió al de Alcántara para formar el Regimiento de Cazadores de Caballería número 8.

El Regimiento de Alcántara, por su parte, llamado en sus orígenes Regimiento de Caballería de Taxdirt, fue creado en 1833 a fin de guardar seguridad en Melilla. Junto a su hermano, fue también partícipe en múltiples batallas en las que, victorioso o perdedor, siguió con valor a su patria allá donde ésta la mandaba a defenderla. Igual, después, se unió con las que ya he nombrado. Es cierto que los tres regimientos cambiaron de nombre, se mezclaron, pero siguieron, y aún siguen, teniendo la misma alma que les da aliento desde su creación, siglos atrás.

El mismo espíritu, distintos nombres.

Tal vez el espíritu que nos animaba a recuperar la memoria de mi bisabuelo.

El tiempo ha pasado, los nombres han cambiado, el uniforme, y las armas con las que combatieron y murieron tantos españoles no son las mismas; pero la fuerza es la misma, el orgullo, la bandera y el calor de los hogares. Quién pudiera vivir con esa esperanza que viven en paz tantas personas que, aunque nunca te conocerán, nunca conocerás sus nombres, están vivos, viven sus vidas tras de ti.

El misterio familiar también encontró algunas respuestas. Mi familia no apreciaba a los militares a causa de lo que le ocurrió a mi bisabuelo, y tal vez por eso su memoria quedó injustamente sepultada en el olvido de una bodega polvorienta.

Pero eso se rompía conmigo, yo soy el eslabón que enlaza de nuevo con mi pasado. Me embarga el orgullo al ver una tropa desfilando siguiendo las huellas de todos los que pasaron antes de ellos, unos rostros que reflejan la fuerza con la que podrán dar su vida por sus hermanos, personas. Sí, son héroes de su patria y de todos los españoles, que viven y perduran a través de los tiempos inmortales.

A lo mejor hay gente que no los aprecia, pero yo, tras este humilde descubrimiento de la vida de mi antepasado, sé que cuando termine mi carrera, cuando ya haya cumplido mi deber como estudiante, mis pasos acabarán entre esos que con orgullo caminan tras la bandera roja y gualda.

Terminamos de redactar el trabajo el 10 de marzo de 2017, a las cinco y diez de la tarde. Cincuenta folios de documentación detallada y extensa de todos aquellos personajes, de todos aquellos regimientos, de aquellos de los que no queda ya ni polvo sobre la tierra. Sin embargo, lo sentíamos vacío, este trabajo no reflejaba aquello que nosotros habíamos vivido, aquello que queríamos mostrar.

Cuando nuestra profesora lo vio, no solamente quedó admirada, sino que nos dio la enhorabuena más sincera, por todo lo que teníamos, y por lo que nos había costado

encontrarlo, sin embargo, seguía sin gustarnos, era lo que nosotros, desde el principio, no queríamos hacer: un amasijo de fríos datos. Precisamente era eso lo que no queríamos hacer. Aquello era insuficiente. Necesitábamos algo más...

Vuelta al origen

A la sombra de un árbol gris y agarrotado, con el viento ardiente soplándonos en la cara clavé mi rodilla en la arena, dejando, bajo una de esas piedras rifeñas que crecieron regadas en sangre, todas aquellas horas de trabajo sin descansar. El viento sacudió las hojas de todo nuestro trabajo de los héroes olvidados de Taxdirt...

Estábamos en las arenas donde se había librado la batalla recordando la memoria de nuestros seres perdidos, de nuestros seres queridos...

A mi alrededor, mi profesora y compañeros, con el libro de la Odisea en sus manos, miraban en silencio lo que hacía. Cuando me levanté, se agacharon ellos, y lo dejaron ante las inclemencias del tiempo junto a las cimbreadas hojas. Estuvimos unos segundos frente a aquel humilde recuerdo mientras, a nuestros pies, alguna fina hierba se quemaba bajo los rayos del sol.

Me di entonces la vuelta, enfrentándome al paisaje yermo, y caminé sin volver la vista atrás.

Cuando hubimos escrito la última palabra, cuando la última página estuvo impresa, entonces nos dimos cuenta que todo ese trabajo no era importante.

Esas palabras escritas eran vanas, no era eso no lo que buscábamos. No buscábamos la palabra muerta que encierran los libros de historia, buscábamos la verdad de la vida, la vida que había detrás de aquella historia.

Nosotros quisimos honrar la memoria de mi bisabuelo y los que, con él, han caído a través de los tiempos en nombre de su patria. No eran tan importantes las fechas, sino entender qué había sucedido con estos héroes, y sentir lo que ellos sintieron. Lo importante no era el trabajo sino la aventura de descubrir el porqué.

Sus valores se volcaban en proteger a su país, España; la del bisonte, la del Ulises que nos separó de África, España del íbero, del celta, del cartaginés y del romano, de los duros visigodos, del Islam y de sus moros, de los Inquisidores, que tras el olor de jazmines, se acercaron con sonrisas crueles; la España de las aventuras, de mares, vientos y desafíos, España de los patios, catedrales y santuarios, la del fiero coraje, porque, España, podremos profesar otros amores, podremos olvidar nuestro propio pasado porque, aun así, estás en nosotros, en nuestra sangre, y es por eso que morirían por ti, España, porque no hay un solo pedazo de tierra sin una huella de tus hijos.

Lo importante no era el trabajo, sino la vida que había detrás de él. Por eso dejamos el trabajo a merced de la arena. Por eso nuestro trabajo es este relato, porque necesitábamos la literatura para poder expresar la huella de vida que había dejado en nosotros el descubrimiento de los héroes olvidados de Taxdirt...

Va por ellos.

28 de julio de 1909

Jamás pensé que yo podría escribir porque ni soy una persona importante, ni voy a pasar a la Historia, ni ningún libro contará mis hazañas en el futuro. De hecho, ni siquiera sé si soy consciente de lo que significa estar; en este barco, alejado de mi tierra, de mi familia y de mi trabajo, ¡si mi padre levantara cabeza! Aunque me quemó las libras, aunque no me dirigía la palabra a veces durante todo el día porque me quedaba despierto por la noche leyendo, siempre me quiso, y yo, a pesar de nuestras diferencias, también lo quería. Estoy seguro de que sólo quería lo mejor para mí y, por eso, me obligaba a trabajar en el campo porque pensaba que estudiar era una pérdida de tiempo, y estaba convencido de que yo no iba a llegar a ser nadie y de que los héroes de mis libros no eran más que cuentos para niñas.

Sin embargo, aquí estoy, en este barco, de camino a Melilla para luchar. Mi padre tampoco valoraba alistarse en el ejército, ya que para él era ir en busca de una muerte segura. Aún recuerdo el día en el que le dije que quería ser soldado. Estaba muy nervioso, me moría de miedo porque no sabía de qué podría ser capaz, así que le pedí a mi madre que consiguiera pan blanco para cenar, lo que le haría estar seguro de buen humor cuando recibiera la noticia. La verdad es que en cierta forma funcionó, porque cuando se lo dije, se quedó callado durante un rato, asimilándolo. Creí que había conseguido mi objetivo, pero en el momento en el que volví a abrir la boca, se levantó y se fue. Pero lo peor no fue eso, sino la discusión que mantuvimos a la mañana siguiente. Me dijo que me iban a matar, que yo era una persona débil obsesionada por las libras y que por ello yo me creía que yo iba a ser como

esas h  ros, cuando ni siquiera existían. Me grit   acaloradamente que no tenía ningún sentido defender a España, que éramos un país destruido y que no merecía la pena recuperar todo lo que habíamos perdido, que todo había desaparecido para siempre. Yo entonces le respond  , también muy enfadado, que quizás tenía razón, que yo nunca iba a ser ningún héroe, ni siquiera un hombre indispensable, pero lo que no podría soportar ni le iba a permitir que hablara así de España. Desde luego, el desastre de 1898 nos ha afectado muchísimo, pero aún sigo creyendo en mi patria, en su grandeza, confiaba en ella aquel día y hoy también, después de diez años. Supongo que por eso estoy aquí.

Por eso, y porque cuando me alistó tenía la esperanza de que, por poco que yo valiese, iba a aprender a comprender un poco más a los h  ros de mis libros, y me iba a sentir más cerca de ellas, como en mi décimo cumpleaños, cuando me regalaron un perro y le puse de nombre Argos, porque acababa de leer la Odisea y me había fascinado, porque Ulises y su valía me habían encantado. Una lástima que, cuando mi padre descubrió el por qué de ese nombre, me obligó a cambi  rselo, pero ante mi negativa decidió vender el perro, porque decía que 'jugar a ser un rey griego con él me distraería de mis tareas en el campo. Al menos me puede quedar con mi caballo, Héctor, cuya leyenda se oculta tras un nombre común. Es mi mejor amigo, el único que me acompaña en esta batalla, pues he dejado atrás lo poco que amaba.

Me pregunto qué estarán pensando mis compañeras ahora. Si echarán de menos su casa, aunque solo lleven horas en este barco, si dudar  n que vuelvan a ver a su familia, si sentirán a la muerte acechando. Me pregunto si, después de todo, se creerán h  ros, porque yo, al menos, los veo así. Algunas estarán aquí sin saber con certeza el motivo de su decisión, otras, porque son conscientes de la necesidad que tiene su patria de su entrega, pero yo s   que todas, sin excepción, son h  ros, las h  ros de España. Yo, en cambio, sí que en estos momentos solo soy un apasionado de la aventura, un mero aspirante de héroe. Tan solo espero que, algún día, llegue un Homero y descubra esta guerra de Troya, que los descubra a ellas, no a mí, a esas que sí son dignas de llamarse Ulises.

29 de julio de 1909

Creo que es importante saber qué está pasando realmente. Yo allí, en el campo, no me enteraba de nada, simplemente de lo poco que escuchaba mi madre cuando iba a hacer la compra a la ciudad; pero aquí, todo me ha resultado mucho más claro cuando me lo ha explicado Rodrigo. Es mi compañero de la sección de jinetes desde hace algunas años, pero hasta ahora no habíamos intercambiado más de dos palabras; es demasiado inteligente como para hablar conmigo. Sin embargo, esta mañana, cuando estábamos solos en el camarote, me ha dicho que le caigo bien. Que no sabe mucho de mí, mi nombre y poco más, pero que soy un tipo auténtico, dice, que se puede hablar conmigo de muchas cosas, incluso de aquellas de las que no tengo ni idea. Estuvimos charlando un rato. Me dijo que su padre trabajaba en política y que él, antes de alistarse, había estudiado Historia en Salamanca, así que podía explicarme el motivo de esta guerra y por qué estamos en este barco.

Me ha explicado, primero, qué está haciendo España en África. Parece ser que nos han "regalado" esta zona de Marruecos en compensación por las peleas que el resto de países europeos tienen en adquirir estas territorios; pero, Rodrigo afirma que en realidad es porque Inglaterra y Francia no se llevan bien, pues las dos son muy ambiciosas y quieren tener todas las territorios. Al final, llegaron al acuerdo de que los franceses no se acercarían a Egipto si los ingleses les concedían Marruecos. Pero ellos no se fiaban de Francia y nos metieron a nosotras también en el lío, así que ahora controlamos esta zona. Rodrigo dice que fuimos muy tontas en aceptar la oferta de Inglaterra, porque en

Marruecos hay muchas problemas, por eso estamos en guerra. Pero no pasa nada, dice, porque aquí estamos nosotros para defender a España.

Creo haber entendido que todo este lío empezó, además de por lo de Inglaterra y Francia, por un problema que hubo con un ferrocarril a principios de este mes. Resulta que nuestro país estaba construyendo una línea ferroviaria nueva para conectar Melilla con un sitio que se llama Beni Bu Ifrur, pero las rifeñas, que son las que viven en esta zona de Marruecos, no querían que los españoles tuviéramos control sobre ellas, decían que lo estábamos construyendo para traernos sus recursos a España. Entonces llegaron unas pocas de ellas a la zona donde se estaba construyendo el tren, y mataron a cuatro obreros, además de dejar unas cuantas de heridas, yo recuerdo haberlo leído en el ABC. Después, Maura quiso enviar más soldados a Marruecos, él dice que es cuestión de tiempo que ganemos esta guerra. Pero la gente, según me cuenta Rodrigo, decía, como mi padre, que luchar contra ellas no era importante, que no merecía la pena. Le pregunté por qué la gente no quiere luchar, por qué se muestran "indiferentes", como él dice. Resulta que, me ha dicho, la gente en las guerras lo pierde todo. Yo, aunque asentía a todo lo que me contaba, la verdad es que eso no he llegado a comprenderlo. Supongo que será porque yo nunca he tenido nada, y no tengo nada que perder.

Después de lo que pasó con el tren, el ejército en Melilla trató de calmar a las rifeñas, pero como no hicieron gran cosa, tuvo que ir el General Guillermo Pintor a un sitio que se llamaba Barranco del Lobo "a poner orden", en palabras de Rodrigo. Pero muchos murieron, también el general, y el Presidente del Gobierno (que hoy por fin me ha quedado claro que pertenece al Partido Conservador) decretó, (otra palabra que he aprendido con Rodrigo), que llegaran refuerzos a Melilla, que lucharan incluso los reservistas, los que ya están jubilados.

Le pregunté si la gente estaba de acuerdo, después de lo que había pasado en el Barranco del Lobo, en ayudar a nuestras compatriotas en Melilla. Rodrigo sonrió y me puso una mano en el hombro, no entiendo por qué, y miró al mar. "No, hijo, no.", me dijo. Yo no comprendía muy bien lo que quería decirme. Después se puso a contarme el enfado que tuvo la gente,

sobre todo en Barcelona, durante unas cuantas días. Pero, al poco tiempo, todas cedieron, las que no querían, y también nosotras, las que obedecemos, las que luchamos, las que ayudamos a nuestras compañeras y protegemos a España. Rodrigo me dio la enhorabuena por eso, porque decía que todas las que estamos aquí somos héroes.

Después de esta charla yo ya no sé nada, pero también sé muchas cosas. No sé si en esta historia hay ya héroes, ni siquiera sé si va a tener un final heroico, pero lo que sí sé es que, al menos, existe esa ilusión, esa ilusión de enfrentarnos como héroes, y ese amor, sobre todo ese amor por todo aquello que es nuestro y por nuestro país. Porque hay, cuando Rodrigo miraba al mar, me he dado cuenta de tantas cosas, de tantas cosas que son mías y de todas, de tantas cosas que yo puedo proteger y que tengo la obligación de proteger y defender. Hay, con Rodrigo, he vuelto a sentirme como la primera vez que leí el "Cantar de Mío Cid". A su lado, puedo creerme Minaya Álvar Fáñez.

30 de Julio de 1909

Hará unas horas que desembarcamos en Melilla. Ahora mismo estoy en el campamento, sentado, escuchando a Rodrigo quejarse del calor. Dice que es un "panorama inhóspito, que no hay un alma, que vamos a morir de calor y también de frío." Las demás creen que es insuportable, pero a mí me parece muy divertido todo lo que dice Rodrigo: es curioso que alguien que es de Valencia, donde hace calor, no aguante un poco de sol. Será porque ha estado viviendo mucho tiempo en Burgos, eso dice él, al menos.

Parece ser que vamos a estar aquí durante un tiempo, haciendo ejercicios de tiro, unas dos meses, más o menos, nos ha contactado el General Marina. Él es el que manda en de la región, el que organiza qué vamos a hacer y cuándo movernos. Cree mucho en nosotros, se nota que tiene experiencia y sabe lo que hace, la verdad es que es un verdadero placer estar bajo su mando.

Cuando termine nuestra estancia aquí, nos ha explicado, nos dividiremos en dos columnas. La primera recorrerá la zona de norte a sur, hacia el zoco el Hach, donde están las tribus más pacíficas. Estará al mando del General Alfau, compuesta por los batallones de Barbastra, Figueras, Amposta, Las Navas, y después el escuadrón de caballería de Lusitania, dos baterías de artillería de Montaña, una compañía de Zarpachores, otra de Telégrafos, una ambulancia y un tren de combate. La segunda columna, la mía, se dirigirá al oeste, a Taxdirt, que es donde están los enemigos. Reconozco que, cuando el General Marina nos reveló nuestro destino, no es que sintiera miedo, pero imaginarme la situación de

enfrentarme a tantas moras no me agradaba precisamente. Sin embargo, cuando supe que estaríamos liderados por el General Tovar y el Teniente Coronel Cavalcanti, me di cuenta de que no tenía nada que temer, y mucho menos cuando éste último afirmó que había pedido a Marina cambiarse a nuestra columna para estar con Tovar. La verdad es que ambas merecen nuestra confianza y eterna lealtad. Nuestro grupo estará compuesto por los batallones de Cataluña, Tarifa, Chiclana y Talavera, dos baterías de artillería de Montaña, un tren, una ambulancia, una compañía de Telégrafos y la sección de jinetes del Regimiento de Cazadores de Caballería de Alfonso XII, a la que pertenecemos Rodrigo y yo, y unas sesenta hombres más.

Aún recuerdo, como si fuera ayer, mi primer día en el Regimiento. La verdad es que he perdido la cuenta del tiempo que llevo dedicado a esto, quizás unas diez años, pero se me han pasado volando, volando igual que como estaba cuando me admitieron. No era el más inteligente, ni mucho menos, ni el más preparado, ni el más experimentado, pero tenía ilusión, muchísima ilusión. Después de haber plantado tomates toda mi vida, después de que todas mis conocidas me consideraran un inútil (excepto mi madre e Isabel), después de haberme considerado yo mismo un inútil, tan solo pedía una oportunidad. Tal cual se lo dije al Teniente Coronel. Entonces él, sonriente, acarició a Héctor, que venía conmigo, y me miró con alegría: "es un buen caballo", dijo, "Bienvenido."

Esta tarde, Rodrigo, algunas compañeras del Regimiento y yo, hemos estado leyendo el periódico. Hay muchas fotografías de nuestras compañeras que están ahora en combate y a las que venimos a ayudar. No podemos sentirnos más orgullosas. En la portada aparece un soldado de la brigada disciplinaria salvando a su capitán herido, en la siguiente página, otras que defienden a la brigada Pintas, en la siguiente, otras tres que se apoderaron de un grupo de moras y les arrebataron todo el armamento. Después, leemos un artículo sobre España, sobre la opinión que tienen allí de esta guerra. No nos agrada mucho saber que la consideran inútil, una pérdida de tiempo, pero que rezan por todas nosotras y nos admiran por lo que hacemos día a día.

31 de julio de 1909

Tenemos un compañero, Blas, que siempre nos anima cuando nos enteramos de estas cosas. Cuando nos venimos abajo, cuando pensamos que quizás no merezca la pena, cuando tenemos miedo. Desde que entramos en el Regimiento nos enseñan los valores que nos identifican, la lealtad, el compañerismo, la disciplina, el valor, la entrega... Pero eso no significa que a veces no tengamos miedo, es más, nos animan a tenerlo, a enfrentarlo, porque si no tuviéramos miedo no seríamos valientes, sino unas completas inconscientes.

Eso es precisamente lo que nos ha recordado hoy Blas en uno de nuestros descansos. Que no importa lo que piensen en España, que vamos a defender a nuestras hermanas, a las que están al otro lado del mar y a las que ya están aquí. Que vamos a proteger lo que es nuestro, nuestros hombres, nuestra patria, todo lo que amamos y por lo que estamos dispuestas a dar nuestra propia vida, porque España y los españoles lo merecen. Rodrigo se ríe mucho con él, es muy entusiasta, dice. Y como es vasco, lo ha apodado "segundo Blas de Lezo".

Después de su discurso, todas las compañeras empezamos a aplaudir, a animarnos las unas a las otras, unas más, otras menos. Las más veteranas, las que han estado en grandes batallas, como Miguel, como Juan, como Gonzalo, al que nos referimos cariñosamente como "nuestro Gran Capitán", nos abrazaron a las más jóvenes, sonriendo, diciéndonos que todo iba a salir bien, que éramos grandes, que Tovar y Cavalcanti eran grandes y que no iban a tolerar que nos pasara nada, que no iba a pasar nada.

Yo escuchaba atentamente, alegremente, las ánimas de mis compañeras. Trataba de copiar su fuerza, de imitar su valía, de imaginarme dentro de algunos años dando estas mismas consejos a otro joven soldado la primera vez que se enfrenta a una verdadera batalla.

He decidido acabar el día con este propósito, con no dejar de tener miedo, porque es bueno, pero a enfrentarme a él con coraje, como el resto de mis compañeras. Entonces Blas, terminando de beber, se sentó al borde de mi cama y me miró fijamente, preguntando: ¿cómo es tu familia?

Entonces yo, emocionado, le hablé de Isabel. De cómo nos conocimos, de nuestras comidas en el campo, de nuestras frías tardes de domingo cuando le leía aquel libro de Tolstoi que tanto le gustaba. Le describí sus ojos, su pelo, su piel morena de campesina, su risa, le hablé de sus ganas de aprender y de tener hijos. Confesé que me arrepentía de haberla dejado allí, sola, trabajando en el campo y teniendo que hacerle compañía a mi madre enferma.

Blas me preguntó qué le parecía a ella que yo fuese soldado. Ahora que lo pienso, la verdad es que se lo tomó muy bien. Dijo que siempre estaría orgullosa de mí, que si mi sueño era ser como los héroes de mis libros, que hiciera lo posible por cumplirlo, que ella iba a esperarme siempre, y a rezar, a rezar mucho porque estuviera bien. Aquel día me di cuenta de cuánto la amaba, de que ella era, más que una princesa, como yo la había visto siempre, una reina. A la mañana siguiente, le pedí matrimonio.

Ahora mismo trato de dormirme, pero el nerviosismo me consume. Ha sido un día muy intenso, de muchas recuerdos, de apagarlas unas a otras. Espero que la charla que he tenido con Blas me ayude a conciliar el sueño.

Ha aparecido como por arte de magia una nota en mi mesilla de noche. Supongo que será algo que querrá decirme Rodrigo.

En efecto. Dice exactamente: "lo dijo Tucídides, uno que escribió sobre los griegos, como tu caballo. Que no se te olvide." Y a continuación, esta frase que he copiado.

“Las más valientes son seguramente aquellas quienes tienen una visión clara de lo que está delante de ellas, la gloria y el peligro, uno al lado del otro, y aun así, no se resisten a irse, ni a encontrarse con ellas.”

1 de agosto de 1909

De nuevo, en nuestro descanso diario, hemos estado comentando los acontecimientos tanto en España como en Melilla. Al parecer, han terminado los disturbios que comenzaron el día 26 en Barcelona, aunque todavía no se ha vuelto a la normalidad.

Hay estamos celebrando nuestras triunfos. Cada día recibimos noticias nuevas, historias de cabos y capitanes que salvan la vida a sus compañeros, rifeños que nos superan en número y que huyen de nosotros aterrorizados. En España aún se tiene la sensación de que acabaremos pronto con esta guerra, que los que estamos aquí actuaremos rápido y volveremos pronto a casa. A pesar de que todos los días son risas, abrazos y mucho trabajo, yo sé que nadie tiene fe en lo que dice Maura, en lo que afirman en España. No llevamos aquí ni una semana, nos queda un mes de preparación antes de partir hacia Tixtint, pero somos perfectamente conscientes de a lo que nos enfrentamos. Son muchas las rifeños que quieren destruirnos, y también son muy fuertes, Tavar y Cavacalcanti nos lo recuerdan cada día, pero sobre todo Tavar. Siempre que nuestro Teniente Coronel nos anima, nos habla de España, de protegerla, como hace Blas, o de enfrentarnos al miedo, llega el General Tavar para ponernos los pies en el suelo. Aún nos queda mucho trabajo por hacer, dice, que está muy bien confiar, soñar, luchar y gritar de vez en cuando "¡Viva España!", pero que tenemos que ser realistas, con nuestra voluntad y buena fe no tenemos suficiente. Necesitamos esforzarnos en ser los mejores, los más fuertes, conocer a nuestro rival y planear la estrategia adecuada para derrotarlo. A pesar de que el apoyo incondicional de

Cavalcanti es imprescindible para mantenernos motivadas, ninguno dudamos de la sensatez de nuestro General, sobre todo porque sabemos que tiene razón.

Alguien a quien también admiramos mucho es a nuestro segundo Teniente, Velarde. Es un chico muy joven, pero muy inteligente, está muy preparado y Cavalcanti y Tovar confían en él. De hecho, el General siempre lo está poniendo de ejemplo para todas las soldadas que, como yo, aunque llevemos mucho tiempo preparándonos, somos nuevas en esto de enfrentarnos a una guerra de verdad.

Esta mañana, de hecho, estuvimos hablando un rato. Me preguntó qué tal estaba, si pasaba calor, si estaba cansado, si tenía hambre, si dormía por las noches y muchísimas cosas más. Supongo que querrá mostrarse cercano a nosotras, relacionarse y demostrar que, aunque tenga un cargo más alto, para él ésta es también la primera vez que presta servicio. Yo no sé a mis compañeras, pero sé que, a Rodrigo, y sobre todo a mí, me cae bien.

4 de agosto de 1909

Es curioso que el último día terminé escribiendo sobre Velarde, y hoy empiezo hablando también de él. Hace unas días, el General Tovar nos dijo que tendríamos que salir antes de lo previsto, que en las afueras necesitaban un grupo que saliera de nuestro campamento para prestar ayuda allí. Velarde, inmediatamente, pidió permiso para marchar.

La verdad es que Tovar y Cavalcanti lo estuvieron discutiendo, en medio del desierto, durante un buen rato, mientras el resto de los soldados guardábamos silencio detrás de la puerta de la tienda, tratando de captar la conversación. Tovar decía que no, que no estaba preparado, que hacía falta aquí, que lo queríamos, que lo queríamos muchísimo, porque era un buen chico, ni siquiera era todavía un buen hombre. Cavalcanti, en cambio, aunque coincidía con el general, afirmaba que había que darle una oportunidad, que lo merecía, que estaba seguro de que haría un gran trabajo.

Nosotros, en nuestra tienda, nos dividimos también en dos bandos: los de Tovar, que querían que Velarde se quedara, y los de Cavalcanti, que apoyaban la marcha de nuestro segundo teniente.

Blas, que cada dos por tres gritaba "¡Viva España, viva Velarde!", se enfrentaba a Rodrigo, que se mostró desde el primer momento de parte de Tovar. Yo, sinceramente, no quiero ni una cosa ni la otra. Sé que el muchacho es muy inteligente y un gran profesional, que se ha preparado durante mucho tiempo y que lo merece más que nadie, pero tengo la

sensación de que éste no es el momento. No sé por qué, pero algo me dice que va a ser demasiado peligroso, tanto, que se emocione y pierda el control de la situación. Quizás sería mejor dar el paso en un contexto más tranquilo, donde pudiera meditar mejor y no fuera cegado rápidamente por el ansia de alcanzar la gloria. Pero bueno, es tan solo mi opinión, nada importante.

Al final, Cavalcanti venció y Velarde salió ayer con un grupo de hombres. Se nota muchísimo su ausencia a pesar de que lleve solo un día fuera, pues ya no hay nadie que nos pregunte cómo dormimos o si tenemos hambre. Rezo porque no le pase nada, ni a él ni a nadie, pero sobre todo a él. Merece vivir y llegar a ser un gran hombre.

6 de agosto de 1909

Me cuesta trabajo hasta escribir. Pensé que, después del día que llevamos, cuando llegara la noche iba a poder desahogarme con mis escritas, pero no es así, no existen palabras para expresar mi dolor, no hay nada que pueda consolarme, ni a mí ni a toda España.

Ha sido, en una palabra, horrible. Horribles las llantas, los silencios, los gritos, los susurros, habernos enterado las últimas, pero haberlo creído las primeras, las peleas entre hermanas, el día perdido, los recortes de periódico, las llantas, ¡las llantas! Dios mío, ¡cómo hemos llorado, cómo aún lloramos, cómo seguiremos llorando, y cuánto, cuánto lo lamentamos, porque desde lo más profundo de nuestro corazón, no contábamos con el fracaso!

¡Pobre, pobre muchacho, pobre madre y pobre España, y pobres nosotras, pobres nosotras que hemos perdido a alguien que podría haber sido un gran hombre, pobre

19 de septiembre de 2009

"Jamás pensé que yo podría escribir..."

No han pasado ni dos meses desde que empecé a hacerlo, pero así es, lo he hecho. He escrito. Cuando comencé este diario, tenía la idea de contar cada una de mis aventuras aquí, de narrar "mi Odisea", como decía el primer día, con la esperanza de que alguna vez llegara algún Homero y que, a través de mis escritas, descubriera la historia de estos Ulises, que no es la mía, pues yo no soy ni siquiera un Argos. La historia de Rodrigo, de Blas, de Tovar, de Cavalcanti, de Velarde, de héroes de verdad. Hasta cierto punto, creo que así lo hice, a pesar de que a veces me desviaba hablando de mi vida y de mis disgustos, de mis inseguridades y de mis aspiraciones, pero creo que les he dedicado suficiente espacio en este humilcísimo diario, casi tan humilde como su autor.

Me apena enormemente no haber escrito durante todo este tiempo, pero, simplemente, no quería plasmar la realidad que vivimos aquellas días. Yo, personalmente, aún no he superado lo de Velarde, volví al trabajo como todas mis compañeras, cantaba "¡Viva España!" cuando todo el mundo lo hacía, y seguía leyendo el periódico y celebrando nuestras triunfos como todas las días, pero ya no era lo mismo, no era lo mismo en absoluto. A veces, cuando me olvidaba de todo, tumbado en la cama, releía los párrafos en los que hablaba de él, o de Rodrigo, o de Blas, y temblaba al imaginar que podría pasarle algo a ellos también. A veces,

en las descansas, en vez de irme a conversar y a beber con mis compañeras, me sentaba en el borde de mi cama a terminar de contar la muerte de Velarde, pero borraba y arrancaba cada cosa que escribía, porque mis palabras no eran dignas de un alma tan noble. En ocasiones pienso que soy un cobarde, que no estoy preparado para esto porque, a pesar de que nadie lo olvida, a pesar de que finjo que estoy bien, que tengo ganas como el resto, yo soy el único que por las noches aún llora su muerte.

Sin embargo, esta mañana, me he animado a escribir de nuevo. Estaba cepillando a Héctor y preparando las provisiones para el viaje, pues partimos mañana temprano hacia Taxdirt, cuando apareció Rodrigo de la nada, se sentó a mi lado y me dijo: "estás raro. ¿Te pasa algo? ¿Duermes bien, pasas mucho calor, pasas hambre...?"

No pude soportar las ganas de llorar. Le dije que yo no lo había superado, que era un cobarde, un inútil, que no merecía nada y que las demás lo merecían todo, que yo estorbaba, que nunca sería como ellas y que no iba a ser capaz de enfrentarme al miedo.

Rodrigo me dio una palmada en el hombro, me levantó del suelo y me hizo sentarme sobre Héctor. Entonces me dio un espejo y me preguntó firmemente: "¿qué ves?"

Yo lo miré confundido y le contesté con sinceridad: "nada, solo a mí." Y él me dio la mejor respuesta que podía haber recibido en aquel momento.

"Pues yo veo a un Ulises", dijo, tal cual. "A uno que, como todas las hombres, no es inmortal ni mucho menos, que, como a todas las hombres, le tiemblan las piernas antes de la batalla, que, como todas las hombres, a veces, siente miedo. Pero sigue siendo Ulises. Y Ulises no es ni mucho menos como todas las hombres, él es un súper hombre, es un héroe, y lo será siempre, siempre que tenga algo que proteger. Tiene que proteger a su reino, a sus súbditos, a Penélope, a Argos, a sus amigos, y luchar para honrar la memoria de todas a las que, como Aquiles, les va llegando su hora antes que a él.

Sí, Ulises es un héroe, porque tiene miedo, pero se enfrenta a él, porque siente pena, pero la llora en silencio; es un héroe simplemente por el amor que siente hacia todo lo que es suyo. Es

un héroe porque tiene amigos que lo quieren, y que se lo recuerdan día tras día, superiores que lo valoran y familiares que lo admiran. Todo el mundo está orgulloso de Ulises, porque sabe lo importante que es para él esta Odisea. Solo falta que se dé cuenta de que él también ha sido siempre el Cid”

20 de septiembre de 1909

Anoche me fui a dormir pensando en lo que me habría dicho Rodrigo. Me dio tanta vergüenza responder a sus afectuosas palabras, que salí corriendo a mi tienda y no hemos cruzado una mirada en toda la mañana. Hemos salido temprano, tenemos mucho que hacer, supongo que lo entenderá.

Aun así, reflexioné todo lo que me dijo, lo de que yo era un Ulises, un héroe. Yo no sé si lo seré o no, pero me ha convencido para librar esta batalla con valor. Me ha hecho ver todo por lo que tengo que luchar, por mi tierra, por Isabel, por mis compañeras y amigas, por Velarde. Él es una razón más para amar esta profesión. Y yo la amo, la amo de verdad, tan solo necesitaba que alguien me recordara que ella también me ama a mí, que me necesitan y me quieren aquí.

Ahora mismo, recibiendo las órdenes de Cavalcanti, preparándonos para atacar en cualquier momento, solo tengo un propósito: vivir. Vivir, pero no para conservar mi vida, sino para contar esta batalla que se avecina, para darle mis escritas a un futuro Homero. Vivir para aprender de mis errores, para emendarlos, para amar la vida, para amar a las demás, y para protegerlas. Ahora voy a olvidarme de mí mismo, a luchar por mis compañeras, a ayudarlas, como ellas han hecho conmigo, aunque para ello, no pueda conseguir lo que quiero. Espero que, si no vivo, lo haga otro, que lo haga otro que lo merezca mucho más que yo, que presencie cada segundo de esta batalla y de alguna manera haga que

permanezca en la memoria de los españoles durante siglos. Que hable de Tovar, de Cavalcanti, de Blas, de Rodrigo, de Velarde.

Y, si su corazón es bueno, que haga saber a mi madre y a Isabel que estoy bien, que estoy mejor que nunca, que es al borde de la muerte cuando me he sentido más vivo. Es ahora cuando más cerca la siento, y cuando menos la temo.

Que le diga también a mis compañeras, que no borraría nada de lo que hemos vivido.

A mi Teniente Cavalcanti y a mi General Tovar, que les seré leal, a ellas y a España, hasta mi último aliento.

A Blas, que le agradezco su energía y aquella charla sobre mi familia.

A Rodrigo, a mi hermano, tan solo eso, que es mi hermano. Todo lo demás, sobra.

A Velarde, espero tener la oportunidad de decírselo personalmente.

¡Santiago, cierra

25 de septiembre de 1909

En la hoja anterior, con el grito de nuestro Regimiento, termina el diario de mi compañero Marcos. Justo antes de que pudiera escribir "España", los jinetes recibimos a Cavalcanti, esperando sus ordenes. Eramos sesenta y cinco, y quedamos cuarenta. Entre esos veinticinco desdichados que no llegaron a la mañana del veintiún de septiembre, se encuentra el autor de este diario. Y yo, que vivo, después de haberlo leído entero, me veo en la necesidad de continuarlo y cumplir con la última voluntad de mi compañero.

Marcos nunca me había caído bien, ni siquiera su nombre me gustaba, "amargado", significa. Era un chico tímido, inseguro, supongo que el lector lo sabe. Había hombres, como Rodrigo, como Blas, que eso les enternecía, pero a mí no me hacía mucha gracia, el Ejército es para hombres fuertes, con grandes sueños, y yo nunca había oído a Marcos hablar de sueños. Hasta que empecé a leer este diario.

Ayer, cuando regresamos a Melilla, los pocos que quedamos vivos recogimos las pertenencias de los caídos. Como Rodrigo y Blas, sus amigos, también están muertos, yo me dediqué a guardar las cosas de Marcos. No tenía nada de valor, una petaca, una

camisa, un reloj, una brújula, una navaja y unos dibujos, pero me llamó la atención este montón de hojas, yo no sabía que Marcos escribiera.

La verdad es que me sorprendió muchísimo todo lo que decía de nosotros, de sus superiores, cómo nos admiraba y soñaba con ser como los héroes de sus libros. Sabía que era algo sensible, pero no tenía ni idea de lo que le había pasado con su padre, o todo lo que había sufrido con Velarde, ni mucho menos de que tuviera esa opinión de sí mismo. Él no era un debilucho, ni un cobarde ni un estorbo para nadie, era, ante todo, un hombre bueno.

Creo haber entendido que tenía muchas ganas de dar a conocer al mundo esta batalla. Déjame decirte, querido Marcos, que, a pesar de las muertes, merece ser contada, y que de no ser por todos vosotros no sería así. Os tenemos siempre en nuestra memoria y os admiramos a cada uno de vosotros, igual que lo hacías tú a cada uno de tus compañeros.

El día 20 de septiembre llegamos a Taxdirt. Marcos dejó dicho al lector que habíamos sido divididos previamente en dos columnas por el general Marina, así que allí permanecíamos al mando de Tovar y Cavalcanti. Este primero dijo al segundo, que se pusiera al frente de nuestro Escuadrón y apoyáramos a los de Tarifa, como él creyera conveniente. Nosotros, los jinetes, recibimos a nuestro Teniente Coronel con entusiasmo, dispuestos a desenvainar en cualquier momento. Sin embargo, él prefería observar el terreno y conocer al enemigo al que íbamos a cargar. Contempló cómo el Batallón de Cataluña se replegaba en perfecto orden. Aun así, como habían agotado su dotación de cartuchos y no podrían aumentar la densidad del fuego, así que nos llevó a un cañaveral

entre la batería y la 1^a compañía de Tarifa. Allí había un grupo de rifenos, calculo que entre mil y mil quinientos, pero Cavalcanti confiaba en que no se fueran a romper. Sabemos que estuvo discutiendo esta acción con el Capitán y el Teniente de la Batería, y que afirmó que sus sesenta y cinco jinetes valían por cien de los buenos. En ese momento, nos emocionamos al conocer la opinión que tenía nuestro Teniente Coronel sobre nosotros, así que nos pusimos en formación. Recuerdo la ilusión en los ojos de Rodrigo, la fuerza en la voz de Blas, la sonrisa en el rostro de Marcos. Cavalcanti dijo que no podía estar más orgulloso de nosotros.

A pesar de que los caballos estaban nerviosos, sacamos sables y enseguida reconocieron el sonido, avisando a su jinete que estaban dispuestos a todo. Nos adelantamos, eufóricos, a la compañía de Tarifa, y Cavalcanti dijo a su capitán que gastaran sus últimos cartuchos, que ya íbamos nosotros. Después, al frente de nuestro escuadrón, gritó, tendiendo el sable hacia el enemigo:

“¡Car...guen!”

Y la tierra temblaba a nuestro paso, mientras el aire se llenaba de “¡Santiago, cierra España!”, los “¡viva España, viva la Caballería!” de nuestros compañeros Cazadores, y el enemigo huía en desbandada.

Pero Cavalcanti vio a un grupo de jinetes desmontados que con sus carabinas disparaban contra los fugitivos. “Hemos de volver a la carga,” dijo, “¡Que se recojan las bajas sobre el cañaveral!”. Entre aquellos valientes estaban Marcos y Rodrigo, Blas murió, después, cuando nos reunieron a los cuarenta supervivientes.

De nuevo, Cavalcanti nos dio la voz y recorrimos los trescientos metros que quedaban hasta el enemigo. Unos corren, otros se esconden aplastándose contra cualquier accidente del terreno que pueda protegerlos, salpicados por el sudor de un caballo, esperando el golpe frío del sable. Una vez más, nos mandó a los jinetes más próximos al cañaveral y nos dirigimos hacia los moros, que venían a vengar su derrota. Los rifeños avanzaban decididos a pesar del fuego de nuestras carabinas. Ante esta situación, los Cazadores vinieron en nuestra ayuda, mientras Cavalcanti le mostraba dónde se encontraban nuestras últimas bajas.

Pues esa, estimado lector, fue la batalla que tanto ansiaba el autor que conocieras. Espero, queridísimo Marcos, que esta narración haya estado a la altura de tus expectativas y de tu escrito, y que dentro de no mucho tiempo aparezca ese Homero que dé a conocer esta historia y sus protagonistas. En cuanto a tu familia, ten por seguro que les haré llegar esto y todas sus pertenencias, que les diré todo lo que pides, y les hablaré de ti como el hombre que fuiste.

A los héroes, a Blas, a Rodrigo, me alegra que puedas decirles tu mismo todo lo que quieres, que os reencontréis con Velarde, y seáis felices. Sin embargo, lo que más deseo ahora mismo, es que por fin te hayas dado cuenta del hombre que fuiste, y que serás siempre. Que tú también eres digno de llamarte Ulises.

Bibliografía

<https://www.google.es/url?sa=i&rct=j&q=&esrc=s&source=images&cd=&cad=rja&uact=8&ved=0ahUKEwj3oSywLPSAhXBWRoKHX8jAZAQjRwIBw&url=https%3A%2F%2Fwww.pinterest.com%2Fhusarescasal%2Fregimientos-de-h%25C3%25BAsa-res-espa%25C3%25B1oles%2F&psig=AFQjCNGO7eLIvD6AThL4jAEDaHjzkEGyg&ust=1488395588466666>

Regimiento de Húsares de Pavía 1909. General de Brigada, en uniforme de Coronel

https://www.google.es/url?sa=t&rct=j&q=&esrc=s&source=web&cd=1&cad=rja&uact=8&ved=0ahUKEwjGndabvrPSAhUEtBQKHS4RDUoQFgggMAA&url=http%3A%2F%2Fwww.ejercito.mde.es%2Funidades%2FZaragoza%2Fbrc_castillejo%2FOrganizaci-on%2Fpavia%2Findex.html&usg=AFQjCNEfdSy2_vGT9P9Ih7zKABfZgB9zuA&sig2=eMbhs71oRfDU9up-dZCWtg

Regimiento acorazado de Pavía 4

https://www.google.es/url?sa=t&rct=j&q=&esrc=s&source=web&cd=2&cad=rja&uact=8&ved=0ahUKEwjGndabvrPSAhUEtBQKHS4RDUoQFgggMAE&url=http%3A%2F%2Fwww.ejercito.mde.es%2Funidades%2FZaragoza%2Fbrc_castillejo%2FOrganizaci-on%2Fpavia%2Fhistorial.html&usg=AFQjCNF44f-uPffH1M1WzrbYcnKh8nSsGQ&sig2=fjvKEg_5OGdjIev8q0_rIQ

Historia del regimiento de Pavía 4

https://www.google.es/url?sa=t&rct=j&q=&esrc=s&source=web&cd=10&cad=rja&uact=8&ved=0ahUKEwjGndabvrPSAhUEtBQKHS4RDUoQtwIIQzAJ&url=https%3A%2F%2Fwww.youtube.com%2Fwatch%3Fv%3Dg1aEtowwtuM&usg=AFQjCNH5O91xGPTyGV-PwPXd0Rzqmn2_ow&sig2=9GHo0BPM4KD35jnkW2SUA

Himno de Pavía Regimietno de Caballería

<https://www.google.es/url?sa=t&rct=j&q=&esrc=s&source=web&cd=11&cad=rja&uact=8&ved=0ahUKEwjGndabvrPSAhUEtBQKHS4RDUoQFghJMAo&url=http%3A%2F%2Fwww.infodefensa.com%2Fes%2F2016%2F05%2F19%2Fnoticia-leopard-llegan-regimiento-acorazado-pavia.html&usg=AFQjCNEN1hTCa1iuFWygOAJu1WVsXEVkiQ&sig2=GZNJADGBJmLGbeaHWlhV8w>

https://www.google.es/url?sa=t&rct=j&q=&esrc=s&source=web&cd=15&cad=rja&uact=8&ved=0ahUKEwjGndabvrPSAhUEtBQKHS4RDUoQFghlMA4&url=http%3A%2F%2Flosejercitosdelrey.es%2F1860-regimientos-de-husares%2F&usg=AFQjCNGuhkY0VJ3Thpn-m2Rg6cif6EsMog&sig2=S17eSWP_H4RTNf9qj6UBhg

1860. Regimiento de Húsares . ejército del rey

Batalla de taxdirt :

<http://forodeculturadedefensa.blogspot.com.es/2013/04/la-carga-de-taxdirt.html>

http://www.abc.es/historia/abci-cavalcanti-heroe-espanol-humillo-1500-rifenos-65-jinetes-para-evitar-gigantesca-masacre-201701260043_noticia.html

http://www.abc.es/historia/abci-cavalcanti-heroe-espanol-humillo-1500-rifenos-65-jinetes-para-evitar-gigantesca-masacre-201701260043_noticia.html

http://www.ejercito.mde.es/de/Galerias/Descarga_pdf/Unidades/Melilla/comgemel/2013/RESENA_HISTORICA_TAXDIRT.pdf

<http://krypteahispaniensis.webnode.es/news/la-carga-de-taxdirt-/>

http://espaciocusachs.blogspot.com.es/2010/12/la-carga-de-taxdirt_03.html

<http://poetasmuertosjinetes.blogspot.com.es/2010/11/taxdirt.html>

<https://youtu.be/LP0Nhl0yIQQ>

<https://youtu.be/bFQsZ8buzYA>

<https://youtu.be/QmNYSmy22aY>

<http://forodeculturadedefensa.blogspot.com.es/2013/04/la-carga-de-taxdirt.html>

<https://jeandegoudin.wordpress.com/2014/03/31/la-carga-de-taxdirt/>

http://www.ejercito.mde.es/de/Galerias/Descarga_pdf/Unidades/Melilla/comgemel/2013/RESENA_HISTORICA_TAXDIRT.pdf

<http://kripteamiliteshispanus.blogspot.com.es/2010/08/la-carga-de-taxdirt-cuando-santiago.html>

<http://historiasdelahistoria.com/2008/07/17/el-barranco-del-lobo>

<https://www.ellibrepensador.com/2016/05/30/barcelona-camino-otra-semana-tragica/>

<http://www.abc.es/20110715/archivo/abci-desastre-annual-201107150904.html>

<https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/5201136.pdf>

https://es.m.wikipedia.org/wiki/Guerra_de_Melilla

<http://www.diarioinformacion.com/opinion/2014/05/05/enterrad-corazon-barranco-lobo/1498110.html>

<http://www.abc.es/cultura/20130727/rc-desastre-barranco-lobo-201307270921.html>

<http://melillacampaade1909.blogspot.com.es/2009/09/en-el-barranco-del-lobo-una-bala-para.html>

Desastre de annual :

<https://youtu.be/LP0Nhl0yIQQ>

<https://youtu.be/o4mLbWaUzwI>

<https://youtu.be/xq0FjWptqpY>

<https://youtu.be/OrqiO0sTn0U>

http://www.abc.es/historia/abci-cavalcanti-heroe-espanol-humillo-1500-rifenos-65-jinetes-para-evitar-gigantesca-masacre-201701260043_noticia.html

<http://hemeroteca.sevilla.abc.es/nav/Navigate.exe/hemeroteca/sevilla/abc.sevilla/1937/04/07/011.html>

<http://www.xtec.cat/~jrovira6/bio/cavalcan.htm>

http://www.ejercito.mde.es/de/Galerias/Descarga_pdf/Unidades/Melilla/comgemel/2013/RESENA_HISTORICA_TAXDIRT.pdf

<http://www.abc.es/historia-militar/20130629/abci-luis-noval-militar-201306272124.html>

<http://www.ahcm.es/app/download/12482531/EL+CABO+NOVAL.pdf>

<http://www.ejercito.mde.es/gl/unidades/Asturias/ril3/Historial/laureados.html>

